

que presentada el 22 de febrero en la cámara de los señores por el obispo Kopp y el burgomaestre superior, doctor Miquel, bajo la forma en que había sido aprobada por la cámara de diputados, había sido objeto en una y otra cámara de viva contradicción por parte de los liberales nacionales. La concesión más importante que se hacía en ella a la iglesia católica era la concerniente a las órdenes y sociedades religiosas, de las cuales el artículo 5.º, en el párrafo 1.º, decía: «En el territorio de la monarquía prusiana volverán a permitirse aquellas órdenes y congregaciones de la Iglesia católica dedicadas a la cura de almas; al ejercicio cristiano del amor al prójimo; a la instrucción de la juventud del sexo femenino en las escuelas elementales de niñas; a los miembros que lleven una vida conventual.» El «volver a permitir» no significaba por eso en modo alguno el libre derecho de fundar nuevas sociedades. Este derecho quería conseguirlo el obispo Kopp por el apéndice de «y está permitido fundar establecimientos,» puesto detrás de las palabras «se permiten nuevamente;» mas a petición del ministro de Cultos retiró esta proposición; por lo tanto quedó reducida la concesión a lo dispuesto en el artículo segundo, por el cual, para cada fundación era indispensable el permiso ministerial (1).

Desarmado Boulanger por el constante amor a la paz del emperador Guillermo; completamente aislado dentro de su propio ministerio y abandonado por la mayoría de la cámara, tuvo que dimitir el 17 de mayo con todo el gabinete. La Francia bajo el gobierno del gabinete Rouvier tuvo tanto que hacer en su propio país, que no podía pensar en negocios con el extranjero. Un proceso escandaloso en el cual aparecían complicados los generales Caffarel y d'Andlau, el antiguo acusador del mariscal Bazaine, acusados de vergonzosos negocios con la venta de condecoraciones de la Legión de Honor, sacó también a luz el abuso deshonesto que hacía el diputado Wilson, yerno del presidente Grevy, de los derechos de su suegro, tratando de enriquecerse por medio del tráfico de grados y condecoraciones para el ejército. Este nuevo escándalo, mayor que el primero, obligó a retirarse al presidente Grevy, en cuyo lugar fue elegido en 1.º de diciembre de 1887 Sidi-Carnot, hombre de ideas tan pacíficas como su antecesor y cuyo primer ministerio, formado por el senador Tirard, declaró con la mayor decisión que pensaba dedicarse sola y exclusivamente a las cuestiones de la política interior del país. Entretanto Alemania había entrado en un arreglo de cuentas muy serio con Rusia, en cuya actitud desde el congreso de Berlín se notaba una variación cada vez mayor. Después de haber usado la prensa rusa, durante meses enteros, un lenguaje agresivo contra el príncipe de Bismarck, como si tuviera el emperador que prescindir a la fuerza de su más fiel consejero o tomar sobre sí la responsabilidad de una guerra con Rusia, Bismarck consiguió un gran triunfo en su conferencia con el emperador Alejandro III. Cuando éste, el 18 de noviembre, a su vuelta de Copenhague, hizo su corta visita a Berlín, visita que ya debía haber tenido efecto en setiembre en Stettin, recibió a las tres y media de la tarde al príncipe de Bismarck, el cual en un escrito dirigido al embajador, conde de Schuwaloff, había rogado al emperador ruso que le concediera una audiencia particular. Tuvo, pues, una conferencia en la cual el czar le confesó con gran franqueza lo que pensaba contra él; pero Bismarck le demostró que los telegramas y cartas en que se fundaba para creer que llevaba una doble política en la cuestión búlgara, eran las más groseras falsedades, inventadas exclusivamente para excitarle contra la política alemana. Des-

(1) Majunke, pág. 620.

pues de la revelación de este hecho, sobre el cual tenía motivo el príncipe de Bismarck para expresar su profundo disgusto, estaba abierto el camino para hablar sin cortedades sobre las perspectivas de la paz. El emperador Alejandro aseguró que su pensamiento estaba tan lejos de un ataque a Alemania como de tomar parte en una alianza dirigida contra ella. El príncipe de Bismarck le hizo comprender que el que quisiera vivir en paz con Alemania no debía atacar tampoco a sus aliados, mostrándole tan claramente los compromisos contraídos con Austria que el emperador al fin parece que extendió también sus promesas hacia Austria, entendiéndose naturalmente si por parte de ésta no había provocación contra Rusia. Este parece haber sido el extracto de lo acaecido, según pudo verse por las revelaciones de la *Gaceta de Colonia* por una parte y por otra por las del *Lloyd de Pest* (2). Chocante fue por el contrario que una circular rusa que trataba de la visita del czar a Berlín, y que fue enviada a últimos de noviembre a los representantes rusos en el extranjero, ni hablase del descubrimiento de la falsificación de telegramas ni dijese una palabra de la alianza de Alemania con Austria, sino que se limitase a consignar que no existía motivo de rompimiento entre Rusia y Alemania; que el príncipe de Bismarck había prometido la más severa neutralidad en la cuestión búlgara, y que ambas partes se habían convencido de que la tirantez de relaciones que había existido entre ambos países había sido motivada por el lenguaje hostil de la prensa rusa y alemana, lenguaje que ambos gobiernos se habían prometido moderar (3). Sin embargo, el lenguaje hostil de los periódicos rusos no se modificó, ni se notó tampoco variación en el avance de tropas rusas, que desde primeros de noviembre afluían en grandes masas a la frontera de Galitzia. Ya el 5 de diciembre la *Gaceta de Colonia* publicó un extenso informe sobre esto que despertó la atención general, y cuatro días después el ministro de Estado, Botticher, presentó un proyecto de ley modificando la de reclutamiento y destinado a aumentar en cincuenta mil hombres el ejército de campaña dispuesto para la primera batalla.

En el preámbulo del proyecto (4) se decía que desde el establecimiento del servicio militar obligatorio en todas las potencias del continente, había ocurrido una notable variación en la relación de las fuerzas guerreras de los diferentes ejércitos. Era por tanto cuestión esencial la de fijar el tiempo del servicio militar. El ejército alemán había limitado su fuerza de guerra a doce escalas de edades; en Rusia, por el contrario, existían quince y en Francia veinte. Según el proyecto debían estar dispuestas inmediatamente en Alemania para caso de gran peligro seis reservas de *landsturm* o milicia nacional. A este objeto debería ponerse sobre las armas la segunda reserva, para que unida a la primera formasen la reserva y segunda línea del ejército activo. Con esto se dilataba la obligación del servicio hasta la edad de 39 años, y para complemento de este refuerzo del ejército se dispondría en caso necesario de la reserva de depósito y de la milicia nacional, cuyo plazo de edad para este servicio había sido prolongado desde la de 42 años hasta la de 45 cumplidos.

El 16 de diciembre tuvo efecto la primera lectura del proyecto en el parlamento, y de todos los discursos, con excepción del que pronunció el diputado Bebel, se desprendía un espíritu de tan animosa resolución, que no había tenido acogida semejante ningún otro proyecto militar. Después que el ministro de la Guerra hubo repetido, como epígrafe del

(2) Impreso en el *Calendario histórico* de Schulthess del año 1887, páginas 181 a 184.

(3) Schulthess, pág. 446.

(4) *Parlamento alemán* de 1887 a 1888, tomo III, pág. 270.

proyecto, el párrafo final del discurso de la corona: «Queremos, con la ayuda de Dios, ser tan fuertes que podamos mirar con tranquilidad cualquier peligro,» tomó el diputado doctor Bennigsen la palabra para hablar al corazón de todos los patriotas, diciendo: «Nuestras manos estarán limpias si la miseria y la desgracia de la guerra caen otra vez sobre Europa. Este proyecto es en cierto modo un último y supremo llamamiento a la razón y a la consideración de los gobernantes de otros países, para que opongan resistencia a sus propias pasiones y a la insensata hostilidad de demagogos influyentes sobre las grandes masas. Todos nosotros tenemos el firme convencimiento de que si Alemania, contra nuestro deseo, se viese obligada a hacer una gran guerra, nuestro gran instrumento de guerra nacional, nuestro ejército y sus jefes, cumplirían completamente con su deber. Igualémonos a ellos en el reconocimiento de lo elevado de la misión que tenemos, como representantes y legisladores del país; proporcionemos al gobierno los recursos necesarios; cumplamos dignamente con nuestro deber, y no será pequeña la impresión que cause en el extranjero el ver que hemos llegado a olvidar por completo nuestro antiguo y acerbó combate político y que estamos unidos siempre que la necesidad de un nuevo sacrificio nos ha demostrado nuestra fuerza de defensa para la guerra.»

El proyecto fue completado por otro que se presentó al parlamento el 31 de enero de 1888 y que tenía por objeto la autorización para contraer un empréstito de 278.352,562 marcos, para los gastos del aumento del ejército del imperio.

En el preámbulo de este proyecto hacía resaltar que en aquel momento era muy corto el tiempo de que podía disponerse para los preparativos de defensa contra un peligro de guerra que se presentase de repente; que este tiempo no bastaría para aumentar como era debido el material de guerra, pues probablemente pocos días después de la orden de movilización se romperían las hostilidades y a ella seguiría a las pocas semanas el decisivo choque de las masas. En este intervalo solo una pequeña parte de lo indispensable para las necesidades de la guerra podría ser llevado al país, por compra o conducción, según la ley de preparativos, y puesto a tiempo en los sitios donde se necesitara, mucho más estando los ferro-carriles ocupados casi enteramente en la conducción de tropas. Todo el resto del material de guerra necesario para el ejército debía estar prevenido en tiempo de paz, y era preciso tenerle dispuesto para el refuerzo de ejército proyectado, supuesto que no bastaba el material existente. Para este aumento se había hecho indispensable un empréstito de la cantidad que dejamos consignada.

Un par de días después de este proyecto, 3 de febrero, el contrato de alianza germano-austriaca del 7 de octubre de 1879 que ya conocemos, fue publicado en el *Diario del Imperio*, en el *Correo de la Tarde* y en el *Lloyd de Pest*. Para la discusión del proyecto se presentó el príncipe de Bismarck el 6 de febrero de 1888 y pronunció el discurso que se esperaba con gran anhelo, como un acontecimiento para todo el mundo político. El objeto de este discurso era la palpitante cuestión de las relaciones con Rusia.

Después de echar una mirada a los últimos cuarenta años con su larga cadena de peligros de guerra, conocidos y desconocidos, de los cuales solo tres se habían realizado en 1864, 1866 y 1870, mientras que todos los demás habían sido detenidos por el para-rayos de la diplomacia, disertó sobre la política ruso alemana desde la paz de San Estéfano y el congreso de Berlín de 1878. Había convocado este congreso, según se supo entonces, cuando se hallaba gravemente enfermo en Friedrichsruhe, y cediendo a las vivas instancias

de Rusia, con el fin de allanar las dificultades que pudieran traer la guerra. No le satisfacía mucho la reunión de este congreso, primero a causa de su enfermedad y además porque no quería complicar tanto a Alemania en este asunto, lo cual era inevitable ocupando la presidencia. Lo que le decidió al fin a ceder fue «el sentimiento del deber alemán en interés de la paz» y el grato recuerdo que guardaba siempre de las bondades del emperador Alejandro II. Durante el congreso, y mientras había podido hacerlo sin lastimar los intereses del país o de la amistad, había representado el papel de apoderado de Rusia. Ningún deseo ruso llegó a su conocimiento que él no recomendase, y lo que él recomendaba lo conseguía también. En casa del ministro de Inglaterra, lord Beaconsfield, se presentaba en momentos críticos y al lado de su cama, pues estaba enfermo, y conseguía su voto de aprobación a medidas que de otro modo habrían provocado un rompimiento. En una palabra, se condujo de tal modo, que al terminar aquel congreso, si no hiciera ya mucho tiempo que poseía la más alta condecoración rusa en brillantes, hubiera merecido recibirla entonces. Tenía el convencimiento de haber prestado a una potencia extranjera un servicio de esos que rara vez le es dado prestar a un ministro. Sin embargo, poco después experimentó la dolorosa sorpresa y decepción de ver que la prensa rusa abría contra él una verdadera campaña de sospechas, mientras que la diplomacia del mismo país, con amenazas que llegaron a ser de guerra por la parte más competente, trataba de instigar a Alemania contra Austria y conducirla a apoderarse violentamente de sus derechos e intereses orientales.

«Este es el origen de nuestro tratado con Austria; por estas amenazas nos vimos obligados a lo que habíamos tratado de evitar desde hacía años, esto es, a optar entre una y otra de ambas naciones que habían sido hasta entonces nuestras amigas. Yo negocié entonces en Gastein y en Viena el tratado que ha sido publicado anteaayer, y es aun valedero hoy día entre nosotros.» Añadió Bismarck que el tratado había sido interpretado erróneamente por la prensa; que no era ningún ultimatum, ninguna advertencia ni amenaza, ni podía producir sorpresa alguna para Rusia, pues que el emperador Alejandro hacía mucho tiempo que conocía el texto de dicho documento y no desde noviembre del año anterior; que el tratado era sencillamente la expresión de los intereses permanentes de Austria y de Alemania; que lo mismo podía decirse de otros tratados semejantes que existían entre Alemania y otros gobiernos, principalmente de los «convenios» que habían sido pactados con Italia. Con esto hacía alusión a la Triple Alianza, de cuya nueva confirmación tenemos ya conocimiento por Crispi. «Semejantes contratos, dijo además el príncipe de Bismarck, son únicamente la expresión de la solidaridad de los esfuerzos ante los peligros que puedan correr las potencias contratantes. Italia, lo mismo que nosotros, ha tenido que adquirir del Austria el derecho de consolidar su nacionalidad. Ambos vivimos ahora en paz con ella, y los tres tenemos el mismo empeño de apartar unidos los peligros que nos amenacen, de amparar también unidos la paz, que es para uno tan importante como para el otro, y de garantizar contra todo ataque el desarrollo interior, al cual queremos dedicarnos. Estos afanes, y al propio tiempo la confianza recíproca que se tiene en los convenios y la circunstancia de no hacerse dependiente una potencia de la otra más allá de lo que lo exigen sus propios intereses, contribuyen a consolidar y hacer duraderos estos tratados.»

Para garantizarlos y mantener la paz, el mejor medio era reforzar el ejército alemán. El príncipe de Bismarck rebatió la objeción de que las demás potencias podían hacer lo

mismo, diciendo: «No pueden. Hace ya mucho tiempo que han alcanzado al número de soldados que nosotros tenemos; pero en lo que concierne á la calidad, somos muy superiores, pues tenemos un depósito de oficiales y sargentos para el mando de este colosal ejército, y las demás naciones no lo tienen. Para esto se necesita el grado particular de instrucción popular indispensable para poner á un oficial ó sargento en condiciones de ejercer el mando compatibles con las exigencias y necesidades del soldado, y esto lo tenemos nosotros en mucha mayor escala que ningun otro país. «Cuando otros ejércitos quieran poner oficiales y sargentos al frente de las mismas masas de tropas que proyectamos nosotros formar, tendrán que nombrar personas que no sabrán guiar una compañía en un caso de apuro, ni mucho menos llenar las graves obligaciones que tiene un oficial respecto de sus subordinados si ha de conservar su cariño y estimación. El grado de instrucción que se necesita para

Ultima firma que puso el emperador Guillermo I
Facsimile de tamaño natural

esto, así como el sentimiento del deber, el compañerismo y el pundonor de que nosotros hemos conseguido que se penetren los oficiales y sargentos, no son de los que ningun reglamento ni ordenanza pueden dar en el extranjero. En esto somos superiores á todos, y por lo mismo no pueden imitarnos.» Discurriendo sobre la superioridad que estas circunstancias daban al ejército alemán, hizo una observación que revelaba el verdadero secreto de la política de paz alemana. «La gigantesca fuerza de armas de cuyo inmediato empleo se trata, dijo con razón Bismarck, se desplegaría para una guerra de defensa como la de 1870, pero no para tomar una actitud agresiva que tuviera por objeto adelantarse á la agresión extranjera que se creyese inevitable. Pregunto al parlamento: Si yo dijese, según mi convencimiento de diplomático, que nos amenaza irremisiblemente un ataque por parte de Francia y Rusia y es oportuno militarmente usar del medio de defensiva que consiste en adelantarse al ataque y empezar á luchar en seguida; por lo tanto pido á la cámara quinientos ó mil millones de marcos para emprender la guerra hoy mismo contra nuestros dos vecinos, ¿tendría la cámara bastante confianza en mí para concedérmelos? Me parece que no. Pero si lo hiciese, no me bastaría; si queremos emprender una guerra empleando en ella toda nuestra fuerza nacional, esa guerra debe ser una en la cual estén de acuerdo todos cuantos tomen parte en ella, todos cuantos la aprueben, en una palabra, la nación entera, para llevarla á cabo; debe de ser una guerra nacional, hecha con todo el entusiasmo de la de 1870, en la que fuimos alevosamente atacados. Aun recuerdo que las atronadoras aclamaciones en la estación de Colonia, las que hubo desde Berlín á aquella ciudad y aquí, en la capital, las oleadas de aprobación del pueblo, nos llevaban á la guerra aunque no hubiésemos querido ir. Así debe suceder cuando haya que emplear una fuerza

popular como la nuestra. Cuando se trate de una guerra á la cual no seamos inducidos por el deseo del pueblo, sino que sea considerada necesaria por el gobierno, si se llevara á efecto con brío es posible que se obtenga la victoria una vez roto el fuego y derramada sangre; pero no se hará con el entusiasmo que estallaría si hubiéramos sido nosotros los atacados. En este caso la Alemania entera, desde Memel hasta el lago de Constanza, ardería como una mina de pólvora, estaría erizada de fusiles y ningun enemigo se atrevería á arrostrar el *juror teutónico*, que se desarrollaría en el primer ataque. Esta superioridad no debemos dejar que desaparezca ni aun teniendo mas fuerza que nuestros actuales contrarios.» El canciller del imperio terminó su memorable discurso amonestando á la prensa extranjera que se dejase de amenazas, de las que tanto gustaba, pues que era en realidad una «insigne tontería» creer que una grande y altiva nación como el imperio alemán pudiera intimidarse por tales medios. «Nosotros podemos ser seducidos, quizá demasiado fácilmente, por medio del cariño y de la benevolencia, pero por amenazas seguramente que no. Nosotros los alemanes tememos á Dios, pero fuera de Dios á nadie del mundo, y el temor de Dios es el que nos hace amar y conservar la paz. Mas el que la rompa á pesar de esto, se convencerá de que el amor á la patria, que hizo ir alegremente á la guerra de 1813 á toda la población de la entonces débil y absorbida Prusia, es hoy propiedad de toda la nación alemana, y aquel que la ataque de algun modo la hallará bien armada, y en el corazón de cada defensor la firme fe de que Dios estará con nosotros.» (*Vivos y prolongados aplausos.*)

A este histórico discurso sucedió un hecho sin ejemplo. Cinco oradores hablaron en nombre de sus cinco fracciones (Frankenstein, por el centro; Helldorf, por los conservadores; Bennigsen, por los nacionales liberales; el conde Behr, por el partido del gobierno; Rickert, por los libre-pensadores) pidiendo que pasara el proyecto de empréstito á la junta de presupuestos y declarando en pocas, pero calurosas palabras, en nombre de sus amigos políticos, que merecía su completa aprobación. Despues comenzó la segunda lectura de la ley de servicio obligatorio, redactada en la forma acordada por la comisión. Los diputados Frankenstein y doctor Bennigsen propusieron aprobar el proyecto en totalidad. El príncipe de Bismarck tomó otra vez la palabra y dijo: «Yo puedo asegurar que las potencias aliadas agradecerán tan decidido y pronto apoyo, y en él verán no solo una prueba de la confianza del parlamento, sino tambien un notable refuerzo que tendrá este proyecto para garantía de la paz.» A este discurso siguió la aprobación de la ley sin discusión y por unanimidad. Cuando el príncipe de Bismarck, terminada la sesión, salió de la cámara y por no haber hallado en la calle su coche emprendió á pié el camino á su domicilio, en la Wilhelmstrasse, le acompañaron miles de personas, dándole entusiastas vivas, hasta que desapareció por la puerta de su casa.

El magnífico espectáculo de un parlamento unido con el emperador y el canciller, puso la clave en la poderosa bóveda del estado de defensa alemán, destruyendo por un hecho que sin palabras decía mucho mas que todos los discursos el recuerdo de la contienda por el ejército. Fué un acontecimiento digno de dorar los postreros días de la vida del emperador.

Quando el emperador Guillermo recibió el 27 de noviembre de 1887 al presidente del parlamento alemán, dió expansión á un doloroso sentimiento que como una acerba gota de hiel habia caído en el cáliz de las alegrías del magnífico crepúsculo de su vida. Se acordó de su hijo, el príncipe heredero Federico Guillermo, retenido en San Remo por un

funesto mal que le tenia entre la vida y la muerte. Aun en el otoño de 1886 y en la fiesta de la universidad de Heidelberg, en el jubileo de los quinientos años de su fundación, habia entusiasmado á todos por la nobleza de su hermosa varonil y el encanto de su palabra. Ninguno de los que tuvieron la suerte de oír su inolvidable discurso festivo del 4 de agosto, notó en el robusto y sonoro timbre de su voz ningun síntoma de una enfermedad tan espantosa como la que se le presentó pocos meses despues. Aun el 1.º de enero de 1887 y á la cabeza de los generales habia pronunciado un discurso en el cual felicitaba al emperador, en nombre del ejército, con motivo de la fiesta conmemorativa del año 80.º de su entrada en el servicio; mas ya en el día que cumplía noventa años su padre tuvo que abstenerse de todo discurso público, á causa de una ronquera que le habia puesto casi completamente afónico; y despues de haber buscado inútilmente en Ems alivio á su dolencia, los médicos declararon en junio que padecía un cáncer en la laringe que no permitía al enfermo hacerse ilusiones sobre su curación. Aun pudo tomar parte en las fiestas de la coronación de la reina de Inglaterra, donde su figura de héroe en la comitiva de honor causó la admiración general; mas para el invierno fijó su residencia en la *villa Zirio*, en San Remo, y allí se encontraba cuando el emperador con el mayor dolor dijo al presidente del parlamento: «Pueden ustedes figurarse lo que me trastorna á mi edad que un hombre que física y moralmente parecia ofrecer las mejores garantías para el porvenir del imperio, esté acometido de un mal que le hace fluctuar entre la vida y la muerte, tanto que su completo restablecimiento tiene que parecer casi como un milagro.»

Otro dolor tenia que expresar el anciano emperador, y éste era el de su propio estado de salud, que no le habia permitido abrir el parlamento en persona. El discurso de la corona del 24 de noviembre habia prometido por vez primera un sobranche de cincuenta millones de marcos en la Hacienda del imperio, como resultado de la nueva política económica, anunciando al propio tiempo el progreso de la reforma social, pues cada vez extendían mas su círculo de acción las *Sociedades de accidentes* para asegurar á los trabajadores contra las consecuencias de la edad é invalidez, es decir, una gran continuación de la obra del mensaje del emperador del 17 de noviembre de 1881. El de noviembre de 1887 terminaba con esta memorable exclamación: «El imperio alemán no tiene tendencia alguna agresiva ni necesidades que hayan de ser satisfechas por medio de guerras gloriosas. La inclinación belicosa y poco cristiana de los pueblos vecinos es extraña al carácter alemán, y ni la constitución del imperio ni la organización de su ejército tienen por objeto turbar la paz de nuestros vecinos por medio de ataques voluntarios. Pero somos fuertes para rechazar agresiones y conservar nuestra independencia, y con ayuda de Dios queremos serlo tanto, que podamos mirar con tranquilidad cualquier peligro.»

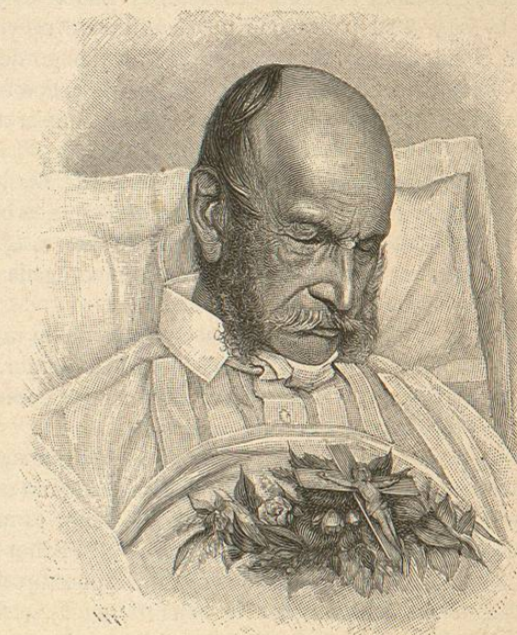
«Estas palabras finales, dijo el emperador á la presidencia del parlamento, quisiera haber podido decírselas yo á ustedes personalmente.» Despues, dando un paso atrás é irguiéndose, dijo con gran expresión: «Yo hubiera tenido mucho gusto en decir á ustedes que quiero la paz; pero que si me atacan, estoy armado para la defensa (1).»

Desde un fuerte enfriamiento cogido á consecuencia de la festividad de la colocación de la primera piedra para la construcción del canal del Nordeste en Holstenau, cerca de Kiel, en 3 de junio de 1887, habia empezado á resentirse cada vez mas la salud de hierro del anciano emperador. Ha

(1) Véase el *Calendario histórico* de Schulthess, de 1887, páginas 189.

bia podido mantenerse tan resistente sometiendo su cuerpo á un tratamiento de soldado, siendo sus necesidades de una sencillez espartana. Estando ya gravemente indispuerto, levantóse el 18 de noviembre para salir á recibir personalmente al emperador Alejandro III de Rusia, en la visita que hizo éste á Berlín, en la que ocurrió la conferencia de que hemos hablado entre éste y el príncipe de Bismarck.

Mientras que las noticias de San Remo eran cada vez mas tristes y desconsoladoras, disminuían con espantosa rapidez las fuerzas del anciano emperador. Hacia ya tiempo que habia tenido que desistir de su deseo favorito de ir á San Remo á la cabecera del lecho de su hijo, y los berlineses veían aparecer cada vez con menos frecuencia en la histórica «ventana



El emperador Guillermo I
Segun una fotografia hecha en la cámara mortuoria
en 9 de marzo de 1888

de la esquina» de su palacio á su anciano emperador, que acostumbraba á contemplar desde allí al mediodía el paso de la parada. En los días en que se encontraba mejor acostumbraba asomarse á la ventana, subiendo á su biznieto mayor sobre el poyo para mostrársele al pueblo, que le aclamaba entusiasmado; y una vez, el 26 de febrero, que era domingo, presentóse en la ventana teniendo delante de sí á sus tres biznietos y á su lado á la esposa del príncipe Guillermo, madre feliz de éstos, que tenia en brazos á su cuarto hijo. El indescriptible y conmovedor entusiasmo con que era saludado en estos casos por una delirante multitud de millares de personas, derramaba por algunos momentos un bálsamo de consuelo sobre su corazón lacerado, pues además del profundo y roedor pesar que le causaba la incurable enfermedad de su hijo, habia tenido la desgracia de perder á un nieto en quien fundaba muchas esperanzas, el príncipe Luis Guillermo de Baden, que falleció el 22 de febrero.

El 3 de marzo un ataque de su antiguo padecimiento de los riñones postróle en el lecho, del cual no habia de levantarse ya. Una invencible languidez y la falta total de apetito debilitaban rápidamente sus fuerzas físicas, despues que las conmociones profundas del ánimo habian acabado con la resistencia moral. Un primer informe oficial que apareció al anochecer del 7 de marzo, hizo temer á la consternada nación el mas funesto desenlace. Aquella misma noche, llamados por telégrafo, llegaron el gran duque y la gran duquesa de Baden para ocupar su puesto junto al lecho mortuario